



Rector

José Antonio González Treviño

Secretario General

Jesús Áncer Rodríguez

Secretario de Extensión y Cultura

Rogelio Villarreal Elizondo

Centro de Estudios Humanísticos

Alfonso Rangel Guerra

Anuario *Humanitas* es una publicación trimestral de humanidades editada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través del Centro de Estudios Humanísticos. Certificado de Licitud de Título y Contenido número 04-2007-070213552900-102. Oficina: Edificio de la Biblioteca Universitaria “Raúl Rangel Frías”, avenida Alfonso Reyes 4000 Nte. Primer piso, C.P. 64440, Monterrey, N. L. México. Teléfono y fax (81) 83 29 40 66. Domicilio electrónico: cesthuma@mail.uanl.mx. Apartado postal No. 138, Suc. F. Cd. Universitaria, San Nicolás de los Garza, N. L. México. Redacción y corrección de estilo: Francisco Ruiz Solís. Diseño y formación: Yolanda N. Pérez Juárez. Portada: Dirección de Publicaciones de la UANL.

HUMANITAS

ANUARIO

CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Director Fundador

Agustín Basave Fernández del Valle

Director

Alfonso Rangel Guerra

Jefe de la Sección de Filosofía

Cuauhtémoc Cantú García

Jefe de la Sección de Letras

Alma Silvia Rodríguez Pérez

Jefe de la Sección de Ciencias Sociales

Ricardo Villarreal Arrambide

Jefe de la Sección de Historia

Israel Cavazos Garza

ANUARIO
HUMANITAS 2008

LETRAS

ALFONSO REYES: EL HACEDOR

MINERVA MARGARITA VILLARREAL

El trabajo que Alfonso Reyes nos legó, en cuanto aportación y envergadura, en cuanto diversidad e ingenio, en cuanto creación estética e investigación literaria, teórica e histórica, en cuanto poeta en prosa y prosista altamente poético, en cuanto estudioso y en cuanto ensayista, me conduce a pensarlo cercano a la visión que sostuvo Jorge Luis Borges sobre Francisco de Quevedo, que abarcó varios géneros e inauguró tendencias, o como podríamos decir de la propia obra de Borges, gran poeta, gran cuentista, gran ensayista: el Homero del Siglo XX. Más que un hombre, Alfonso Reyes es una literatura. Pero si lo vislumbramos como diplomático, como funcionario y bibliófilo, y más a fondo: como pensador, en cuanto ser que apreció las letras y el arte al grado de formar dos de los más importantes acervos en México en ambos campos, integrando así, en el afán múltiple de su persona, a un edificador de gran parte de las instituciones que hoy conforman el quehacer cultural en México, entonces vuelve la acotación borgeana: Reyes es un hacedor.

Este constante hacer, este principio de creatividad que no diferenciaba la acción escritural de la constancia diplomática, -lo llevó a publicar prácticamente todo lo que escribió, a excepción de los diarios-, ¹ lo distingue como una literatura de la inteligencia curiosa

¹ Tarea, la publicación de los diarios de Alfonso Reyes, que hoy realiza un excelente grupo de investigadores entre quienes destacan Alfonso Rangel Guerra, Alberto Enríquez Perea, Adolfo Castañón, Fernando Curiel Deffossé, Belem Clark de Lara,

y exploratoria de lo moderno. El hacedor Reyes parte de una concepción en la cual la escritura es una construcción, un principio que proviene de la misma visión clásica de la *poesis*,² cuya raíz más clara la encontramos en el término griego *poiéo* que significa hacer, fabricar, ejecutar, edificar y construir, y refiriéndose concretamente a la acción de versar quiere decir crear, inventar y componer.³ Reyes no distingue, en su edificación creadora, la apuesta entre vida y ficción, como titula nuestro autor uno de sus trabajos. Este hacer es un fundamento: crear para las letras y para la vida. Crear desde y para la vida las posibilidades que la ficción otorga. En este sentido su postura se envuelve de otra visión clásica, la de Miguel de Cervantes.

“Hay mal de libros como hay mal de amores. Quien se entrega a ellos olvida el ejercicio de la caza y la administración de su hacienda. Las noches, leyendo, se le pasan de claro en claro y los días de turbio en turbio. Al fin, se le seca el cerebro.

Y menos mal si da en realizar sus lecturas, y el romanticismo acumulado por ellas lo descarga sobre la vida. Pero falta componer el otro Quijote: la *Historia del ingenioso hidalgo que de tanto leer discurrió escribir*. Leer y escribir se corresponden como el cóncavo y el convexo; el leer llama al escribir, y éste es el mayor y verdadero mal que causan los libros. Montaigne se quejaba de que haya pocos autores: la mayoría no son sino glosadores de lo ajeno. Schopenhauer lamenta que sean tan escasos los que piensan sobre las cosas mismas: los más piensan en los libros de otros; al escribir, hacen repro-

Víctor Díaz Arciniega, Javier García Diego y Jorge Ruedas de la Serna. Después del fallecimiento de José Luis Martínez, quien estaba al frente de este equipo, la coordinación del trabajo está a cargo de Alicia Reyes, quien, por cierto, ya en 1969, prologara la primera recopilación de este material: Alfonso Reyes. *Diario 1911-1930*. Prólogo de Alicia Reyes, nota de Alfonso Reyes Mota. Universidad de Guanajuato, México, 1969.

² Poesía [del latín *poesis* “poesía”, del griego *poiesis* “poesía”, literalmente= “creación”, de *poién* “hacer, crear”; árabe *nazm*, literalmente= “ordenamiento, ordenación” (la prosa es *nathr*, literalmente= “dispersión”); francés *poésie*, inglés *poetry*, *verse*, ruso *stijotvovenie*], en Guido Gómez de Silva. *Diccionario internacional de literatura y gramática*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999, pp. 514 y 515.

³ *Diccionario manual VOX*, Barcelona, Vox, 1999, p. 486.

ducciones; otros, a su vez, reproducen lo que aquéllos han hecho, de modo que en la última copia ya no pueden reconocerse los rasgos del bello Antínoo.

Tales autores, a imitación de la deidad antigua, no pisan el suelo: andan sobre las cabezas de los hombres; que si tocaran la tierra, aprenderían a hablar.”⁴

Como se observa, la ironía de la frase final de esta cita y el establecer como equivalentes el “mal de libros” al “mal de amores”, nos lleva directamente a su poética vital donde este “aprender a hablar” no es sino el paso dilucidador de la creación literaria. Aprender a hablar es básico e imprescindible del aprender a pensar la realidad, aprender a bordearla, a distanciarse de la inmediatez en la que nos perdemos para poder así construirla al concebirla. El arte escrito entonces es temerario porque proviene del amor a la lectura que nos seca el cerebro y de ahí lo que resta es empezar a visionar, como el mismo Quijote, gigantes donde molinos de viento, doncellas donde meretrices. Así y no de otra manera podemos explicarnos la edificación cultural de Alfonso Reyes, ¿cómo pensarla sin ese romanticismo quijotesco?

Visitar el mundo clásico y dialogar con él en permanente tránsito con el ahora, esa comunión de tiempos fusionados por el amor a las letras, hizo que nuestro autor nos posibilitara asistir a prodigios, como ese hallazgo que logra hacer sonar la campanita de la basura para despertarnos a su milagro: “Allá va, calle arriba, el carro alegórico de la mañana, juntando las reliquias del mundo para comenzar otro día. Allá, escoba en ristre, van los Caballeros de la Basura. Suena la campanita del Viático. Debiéramos arrodillarnos todos.”⁵ Reyes logra sacarnos de la ceguera en la que la realidad nos sumerje.

Una inteligencia y una escritura que intentó abarcar todos los pasos, todos los caminos y vicisitudes para plasmar una experiencia de vida memorable. Un registro de la temperatura de un país que se

⁴ Alfonso Reyes. “Mal de libros”, en *Calendario, Obras completas II*, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 343.

⁵ Alfonso Reyes, “La basura”, en *Las burlas veras, Obras completas XXII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 842.

arrebataba en la contienda al tiempo que lo minaba, a él personalmente, y lo condenaba al destierro.

Internarse en el placer del lenguaje es esencialmente apropiarse el mundo, conferirle una expresión, implicarse en la sustancia secreta y distintiva de las cosas para nombrarlas y repoblar el orbe. Lejos de un juego del pensamiento o un álgebra verbal, el vínculo que Alfonso Reyes sostiene con el lenguaje a lo largo de su vida es más que entrañable por dar la vida misma. Va más allá de ella. La rebasa: no tiene límites para crear. Y condensar lo vivido en fuente escrita implica redimensionar la vivencia. Alfonso Reyes hizo de su escritura una casa, como de su casa hizo una biblioteca. Tomó las riendas del lenguaje y cabalgó ese potro toda la vida. A veces con lances extraordinarios, rompiendo trechos, saltándolos, irrumpiendo en giros absolutos y piruetas que son verdadero arte; otras veces a paso fatigado, sin el sol apresurando con el filo de las espuelas.

Reyes fue durante muchos años una de las mentes más brillantes de México. Lo sigue siendo. Y cuando señalo que se trata de una inteligencia magna me refiero concretamente a que Reyes desde muy joven tuvo motivos para preocuparse, desde sus posibilidades, del porvenir de un país al que su padre pudo haber gobernado. Me refiero al hecho de que Alfonso Reyes no sólo se concentraba en su actividad como creador y estudioso, sino como hombre de acción, como hombre preocupado por extender la cultura, por gestarla en su sentido aristotélico.

Tuvo la fortuna de conciliar en su carácter la contención y la concordia. Y si Alfonso Reyes es un poeta, los rasgos más proclives a esa sustancia: la desesperación, el arrebato y el apartamiento, conforme los años transcurrían se fueron alejando de su espíritu. Reyes es un poeta que pensó su *Constancia poética*, el tomo X de sus *Obras completas*, como la reunión de su poesía. Se trata de la reunión de su obra en verso, mas su pluma concentra la dosis más alta de prolijidad en ese fulgor del verbo, ese cometa que atraviesa la región más transparente del aire hasta la matriz de su formación. De la carne a la médula, su *Visión de Anáhuac* es un momento de irradiación del castellano, una mezcla de plasticidad y energía cósmica que dota de

color y aroma la introyección hacia el origen prehispánico, hacia el trájín de dioses y príncipes con Moctezuma a la cabeza, en el palacio de su poderío, entre mercados, templos y canales, en sus jardines abiertos a lo maravilloso.

Ninguno de sus sonetos ni ninguno de sus romances, y casi puedo decir que ninguna de sus letrillas -sus breves poemas de agilidad meteórica y de sazón popular- vibra con tal intensidad y brillo. Y la tenida por poema trágico, su *Ifigenia cruel*, cada vez más resume el sinsabor del equilibrio de una catarsis personal postrada y luego transferida al personaje griego: entre más auténtico el drama, entre más verídico, menos verosímil, más alejado de la verdad que ensaya y logra la ficción creadora. Y aunque en *Ifigenia* hay ficción, este proceso está supeditado a la transposición, quedando como fondo la radiografía.

Hoy su obra en verso puede ser vista, salvo algunos memorables poemas como “Los caballos”, “Golfo de México”, “El descastado”, “Yerbas del Tarahumara”, no con el despliegue visual, la sonoridad plástica y la sensualidad con la que propagó su visión de México, sino como un regreso a la llaneza del cancionero.

Un gran sismo se produjo en su vida siendo muy joven.

La llamada Decena Trágica en la que Bernardo Reyes participó para derrocar a Madero, y el propio asesinato del general Reyes, marcaron el inicio de su camino de manera dramática. No acepta los cargos ofrecidos por Victoriano Huerta para trabajar directamente en su administración; en cambio, será segundo secretario en la legación mexicana en Francia hasta que inicia Venustiano Carranza su gestión constitucionalista y decide eliminar esa representación en el extranjero cortando los salarios.

Este breve tiempo en Francia influirá, como antes su estrecha amistad con Pedro Henríquez Ureña, en su definición como filólogo, pues es aquí cuando inicia su colaboración con el gongorista Raymond Foulché-Delbosc, de quien heredará también, como de la casa paterna, libros que integrarán su vasta biblioteca.

Apenas pasa del año cuando tendrá que mudarse a España, y como Góngora hiciera en el siglo XVII, vivirá en la penuria de Madrid hasta 1920, trabajando exclusivamente de su pluma, o para

decirlo con exactitud: sobreviviendo de su trabajo como estudioso en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, al lado de prominentes filólogos como Antonio G. Solalinde y Tomás Navarro Tomás bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal. Así, Reyes trabajó durante varios años en la Biblioteca Nacional de Madrid, donde este Centro se ubicaba, revisando materiales para fijar y editar obras, redactando boletines para la Real Academia Española, colaborando en periódicos como *El Imparcial* y *El Sol* o en el semanario *España*, creado por José Ortega y Gasset, donde escribirá con Martín Luis Guzmán su famosa columna de cine, bajo el seudónimo de *Fósforo*.

Desde su llegada a París en 1913, como recién dije, trabajó con uno de los investigadores franceses clave en el estudio de don Luis de Góngora: Foulché-Delbosc, para la edición de las obras completas del Homero español, lo cual lo centró en un aspecto fundamental del principio estético que puede regir a un artista: el conocimiento a profundidad de una de las obras más importantes, si no es que la mayor, de la poesía de los Siglos de Oro.

Después, Reyes sería invitado por las altas autoridades filológicas españolas a fijar el *Mío Cid*, hecho enaltecedor para un autor hispanoamericano, pues si algo ha caracterizado y caracteriza aún a la crítica española, es una actitud literaria etnocéntrica y el desconocimiento hacia lo producido paralelamente en América. Corrían otros tiempos, y Alfonso Reyes, al ser presentado en 1914 a Enrique Díez-Canedo, el crítico más culto de su generación (por Ángel Zárraga, pintor mexicano cada vez de mayor trascendencia que Reyes conoció desde el Ateneo de la Juventud en México y de quien tenemos el privilegio de contar con una de las más importantes obras de su última etapa: el fresco de la cúpula de la Catedral Metropolitana de Monterrey), fue descubierto e integrado a la elite intelectual que dominaba el pensamiento español. Sus credenciales eran su trabajo, su empatía, su disponibilidad. Y el joven Reyes además de convertirse en filólogo, iniciará la producción y publicación de dos de sus obras definitivas en su arte poética, dos de sus grandes aciertos que continúan teniendo resonancia para la literatura mexicana con-

temporánea: *Cartones de Madrid*⁶ y *Visión de Anáhuac*,⁷ donde cifra Reyes su adelantada modernidad subrayando muy tempranamente en su propia escritura que los géneros son quebrantables, que no importa diferenciarlos, que las verdaderas obras transgreden la norma para renovar la sangre de la tradición. Quizás donde más arraigo y sonoridad alcanza la poesía de Reyes es en su magistral poema visionario.

Y tanto éste, como las prosas de *Cartones de Madrid*, resumen una combinatoria de géneros que son un punto de arranque que la literatura mexicana continuará hasta casi un siglo después. Pienso en la trilogía *El arte de la fuga*, *El viaje* y *El mago de Viena* de Sergio Pitol, aunque en este último el peso de la obra está concentrado en la narrativa.

Siendo uno de los jóvenes del Ateneo, antes de los funestos acontecimientos del 13 de febrero, Reyes, sentado frente a la Alameda, vio pintar a Diego Rivera cerca de la Academia de San Carlos, donde el joven pintor estudiaba. Decidió conseguirle una beca con el gobernador de Veracruz y Diego Rivera partió a París a formar parte de la vanguardia que en ese entonces revolucionó el arte con el futurismo y el cubismo. Después, Reyes llegaría a París y se reuniría con ese grupo, y a las biografías y libros que hoy leemos y a las películas que hoy vemos referentes a este momento de la pintura (donde aparecen Modigliani, Matisse, Picasso, Braque, Gris, y el propio Diego), les hace falta el Reyes curioso que visitaba las grandes exposiciones y las galerías. Antes de la pobreza de Madrid. Estamos hablando de 1913. Pues mucho antes, teniendo apenas 16 años, en 1905, Reyes ya había publicado en Monterrey, en *El Espectador*.⁸

⁶ Por primera vez editado en México, Cultura, 1917.

⁷ Escrito en Madrid a partir de 1915 y publicado en Costa Rica, Imprenta Alsina, 1917. Ricardo Arenales o Porfirio Barba Jacob estaba al frente de la redacción de *El Espectador*. Cuando se produjo la inundación de 1909 que cobró millares de víctimas. Arenales publicó los relatos más vívidos de la tragedia. *El Espectador*, finalmente, fue revista y luego de la oposición, pero en ambos casos hizo un papel muy airoso”.

⁸ Yzcoa Flores, Raymundo. *La prensa regiomontana. Apuntes para su historia*, 1826-1996. Monterrey, Presidencia Municipal, 1997. pp. 38-39.

El Espectador

fue uno de los periódicos de más larga vida en Nuevo León, “fundado en 1892 y dirigido por Ramón Treviño, hijo del que fuera Gobernador del mismo nombre, se publicó 18 años, hasta 1910.

El Espectador

acogía la colaboración de los literatos jóvenes. (...) Entre los redactores huéspedes que más destacaron figuraron el poeta potosino José Manuel Othón (sic) y Don Carlos Pereyra. Los redactores locales fueron el atildado poeta tamaulipeco Don Celedonio Junco de la Vega y Manuel Barrero Argüelles.

Un poema: “Duda”, bajo los efectos de un conjunto escultórico de “el Franciosino” o Nicola Cordier, discípulo de Miguel Ángel.

En el poema aparecen ya preocupaciones que habrán de ser constantes en Reyes: el honor, la dignidad. Están contempladas sus preocupaciones en lo general y en lo más íntimo. Es un poema de gravitación existencial y axiológica, ética y hasta cierto punto religiosa. Sorprende por la edad, no así por los antecedentes de su educación:

Y la Muerte no es fin de nuestra esencia.
La Muerte al devolvernos a la escoria
¡Azusa el ave de la Eterna Gloria!⁹

Con este terceto del primer soneto de “Duda”, tenemos ya en la juventud temprana de Alfonso Reyes la fuerza que ejercía el arte como proyección en su existencia.

Al frente de este diario estaba el poeta colombiano Porfirio Barba Jacob, protegido del general Reyes, y quien seguramente influyó en la formación de nuestro autor.

Sin inocencia ni hay poema ni hay poeta. Y a Reyes la inocencia lo acompañará con frecuencia, desde este poema, y durante la mayor parte de su obra, lo seguirá como el sol, como un rasgo del asombro que anticipará la generosidad que lo caracterizó durante toda su existencia.

En su obra en verso Reyes juega, parafrasea, continúa y glosa en diálogo permanente con los clásicos. En este aspecto de su obra,

⁹ Fue actualizada la puntuación y ortografía del terceto citado.

lejos de quebrantarla, alarga y sigue con fidelidad la tradición. Pero su poesía no se limita a la versificación, más bien, la trasciende y dispersa a lo largo de sus *Obras Completas*, donde siempre encontramos esa estrella, a veces intermitente o caída de una lluvia, y en ocasiones en todo su esplendor. Por eso es lamentable que haya quienes condenen esa publicación que inició como un proyecto de Arnaldo Orfila Reynal cuando Reyes en 1955 cumplía sus bodas de oro con la pluma:

(...) me hizo saber, a comienzos de mayo del año en curso, que había decidido ofrecerme la publicación de mis *Obras Completas*, permitiéndome así realizar el ideal de toda carrera humana, de toda verdadera conducta, que es el acercarse a la Unidad cuando sea posible, venciendo así el asalto constante de la incoherencia y de los azares que por todas partes nos asedian, y dando así un nuevo estímulo a mi trabajo en el crepúsculo de mi vida.¹⁰

A este primer texto, sigue buena parte de su producción donde se fusiona el fulgor de la fantasía con el rigor arqueológico: *Cuestiones estéticas*, *El plano oblicuo*, hasta llegar a *Visión de Anáhuac*.

Siendo aún muy joven Reyes logra con *Visión de Anáhuac* uno de los momentos de mayor esplendor de la lengua española. *Visión de Anáhuac* es eso: una visión en varios sentidos, una visión plástica en la que reverberan los colores del paisaje y los cristales del agua de la gran Tenochtitlan, una visión moral, en la que la depredación humana hacia la naturaleza es el motor de la angustia narrativa, una visión apocalíptica que viaja al pasado para que veamos la ciudad que nos fue imposible conocer; una visión histórica que en realidad es poesía. Y a esto quiero llegar. Nos hemos devanado los sesos para ubicar a Reyes no como el gran poeta pues lo que conocemos como poesía, su *Constancia poética*, aunque presenta momentos de trascendencia, no logra situarse a la altura de la tradición inaugura-

¹⁰ Comentario de Alfonso Reyes en el “Proemio” del primer tomo de *Obras Completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955.

da por Ramón López Velarde. Sin embargo, habría que redescubrir el hallazgo de su fuerza lírica en *Visión de Anáhuac*, y desde allí replantearnos su repercusión en obras como *El mono gramático* de Octavio Paz, en las cuales la fusión de la contemplación de la cultura desde su arqueología hasta la sensualidad del cuerpo, cobran un nuevo y vigoroso sentido para la poesía, independientemente que estén escritas en prosa. Y si pensamos en *El deslinde*, aunque Paz partió de él y le rinde homenaje en *El arco y la lira*, no es *El arco y la lira*, y si pensamos en *La cena*, aunque inaugura la narrativa fantástica en el orbe hispanoamericano que despertó diversos canales en la narrativa, no es ni Borges ni el posterior mundo despertado por ésta en Arreola, en Rulfo, en Fuentes. Alfonso Reyes abre las puertas de mundos que otros consolidarán. Y ese es su universo, un anchuroso fluir que necesita nuevas lecturas donde brillan como estrellas lejanas esos orbes recién habitados.

Mientras, efectivamente, gran parte de la poesía de Reyes descansa en su prosa como ese hallazgo permanente que Alfonso Rangel Guerra denomina “gracia” y que nos asalta cuando leemos por ejemplo el *Mío Cid* en la versión prosificada por él mismo, y en la cual repentinamente, como Juan por su casa, nos involucra a nosotros, los lectores, sin que esto rece en el original, asegurándonos que, de haber asistido a las bodas de Doña Elvira y Doña Sol, las hijas del Cid, con los infantes de Carrión, Don Fernando y Don Diego, en verdad nos hubiéramos divertido muchísimo y además nos habríamos deleitado con las viandas del banquete. Busca con esto el guiño y la complicidad del lector alterando con soltura el tono lineal y consecutivo del poema. En el original en verso eso no viene, es un invento de Reyes, y así como agrega en esta versión narrativa, así fue agregando a su vida funciones como editor, como diplomático, como político; así quizás se convirtió en uno de los primeros talleristas de nuestro país, sin que entonces los talleres literarios existieran, se adelantó también a una función del escritor contemporáneo con la única e inmejorable paga hacia su generosidad que el posterior reconocimiento de sus jóvenes asiduos: Carlos Fuentes, después Sergio Pitol y José Emilio Pacheco. De esta ma-

nera se gestó ese espacio, esta inmensa biblioteca llamada Capilla Alfonsina, gracias a Enrique Díez-Canedo, quien la bautizó así por considerarla el sitio de reunión de la elite intelectual de México. La Capilla Alfonsina que en realidad es su casa, pues de este modo pensó y edificó su casa, como una enorme biblioteca con fuentes de luz en el techo, esos grandes soles tragaluces que iluminaban sus tertulias en un salón enorme si lo pensamos sala y pequeño si lo pensamos biblioteca.

Reyes regresó de su exilio diplomático en 1938, en enero, pero a mediados de ese año vuelve como enviado del Presidente Cárdenas a Brasil, al sitio que, pocos años atrás, doña Manuela había abandonado por una debilidad sentimental de Don Alfonso. Dejemos de tener esa imagen gordita y querendona de hombre coqueto y galante que a todas decía que sí pero no les decía cuándo. Sucedió en Brasil. Sucedió en sus poemas de amor, en algunos pasajes de sus *Romances del Río de Enero*, (fechados en 1932, y publicados por vez primera en 1933)¹¹ de manera sutil, y en su texto “Calidad metálica”, fechado en Río de Janeiro, el 3 de julio de 1930,¹² donde escribe: “Siento que me he estado mintiendo solo, que hacía yo una farsa delante de mí mismo. Desde que tú me quemaste, empezó a organizarse en mí otro nuevo equilibrio”.

Son sorprendentes las distintas facetas de Alfonso Reyes que se van descubriendo, como sucede hoy a la luz de recientes investigaciones. Así como ubicamos en Brasil un parte aguas en su vida amorosa, es en este país donde Alfonso Reyes cierra su carrera en el exterior. Cito estas palabras textuales del acucioso especialista Alberto Enríquez Perea:

Reyes fue a Brasil a vender el petróleo recién expropiado, de paso se dio la posibilidad, por factores que no vienen al caso explicar, que se propusiera una industria americana del petróleo (México, Brasil y

¹¹ Publicados por vez primera en Maestricht, Oficinas Gráficas “Halcyon”, 1933. Recogidos en *Constancia poética, Obras Completas X*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959.

¹² En *Vida y ficción, Obras Completas XXIII*, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 44.

Argentina). Y que esta industria fuera la palanca o el motor del desarrollo económico de América en beneficio de todos los americanos.¹³

Así, un fragmento del Quinto Informe de Gobierno de 1939 del general Lázaro Cárdenas, relativo a la nacionalización petrolera, fue escrito por Reyes. 70 años después de este suceso que hoy vuelve por sus fueros en las páginas principales de los diarios, sabemos cuál era la postura de Alfonso Reyes ante el petróleo. Y será así como a su regreso a México, en compensación a sus servicios prestados, el presidente Lázaro Cárdenas lo nombrará presidente de la Casa de España, apenas creada el año anterior, y dirigida hasta entonces por Daniel Cosío Villegas. En toda la historia del hoy Colegio de México, Reyes será el único presidente que ha tenido.

Como sabemos, para él la grandeza humana era transmisible por medio de la educación. Y este es su enorme legado, su *Cartilla moral* que plasma no sólo en el librito que lleva ese título, sino en esa inteligencia que supo dar a un pueblo de carne asada, a una ciudad donde para Vasconcelos terminaba la civilización en pro de la barbarie, una biblioteca de casi 26 mil volúmenes, cuya gran reserva es el humanismo. Y para Reyes el humanismo no es ni una escuela ni un conjunto de conocimientos.

Más que como un contenido específico, se entiende como una orientación. La orientación está en poner al servicio del bien humano todo nuestro saber y todas nuestras actividades. Para adquirir esta orientación no hace falta ser especialista en ninguna ciencia o técnica determinada, pero sí registrar sus saldos. Luego es necesario contar con una tipografía general del saber y fijar su sitio a cada noción. Por lo demás, toda disciplina particular, por ser disciplina, ejercita la estrategia del conocimiento, robustece la aptitud de la investigación y no estorba, antes ayuda, al viaje por el océano de las humanidades. En Aristóteles hay un naturalista; en Bergson, un biólogo; y nuestra Sor Juana Inés de la Cruz pedía a las artes musicales algunos esclarecimientos teológicos.¹⁴

¹³ En correo electrónico fechado el 19 de junio de 2008.

¹⁴ *Palabras sobre el humanismo* leídas en la ceremonia de apertura de la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Luis Potosí, la noche del 2 de enero de 1955.

Este humanismo en Alfonso Reyes no es sino la vuelta a los principios de la era civilizatoria, a la enseñanza entendida como el camino de la lectura donde el libro nos espera para transformarnos. Y esta transformación genera un principio de investigación y de comportamiento, pues exige “la libertad del espíritu y del intelecto en el más amplio y cabal sentido, la perfecta independencia ante toda tentación o todo intento por subordinar la investigación de la verdad a cualquier otro orden de intereses que aquí, por contraste, resultarían bastardos”.¹⁵

Conservar un legado de esta magnitud, la trascendencia de los volúmenes de un bibliófilo que fue un sabio, es una responsabilidad no sólo con el país que Reyes quiso edificar desde su proyecto de educación superior, creando El Colegio de México, participando en la creación de El Colegio Nacional, en el Instituto Francés para América Latina, y en muchas otras instituciones que hoy estiman su vigencia, negándose a aceptar el cargo de *Full professor* en la Universidad de Texas en Austin, a su regreso a México, para continuar esa zaga de hallazgos que son la construcción de la cultura que hoy conocemos en nuestro país. También es una responsabilidad con el mundo, pues su legado repercute directamente en el plano del pensamiento, donde se gesta la semilla del verdadero saber que parte de un sentido de concordia y de amor al futuro.

En *Humanismo y literatura. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte 1937-1954*. Compilación, introducción y notas de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio Nacional, 2006, p. 281.

¹⁵ *Op. cit.*, p. 282.